

www.elboomeran.com

ISABEL ALBA

TORTUGAS

BARCELONA 2024



ACANTILADO

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2024 by Isabel Alba Rico
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, ilustración del *Atlas de astronomía* (1888),
de Edmund Weiß

ISBN: 978-84-19958-40-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 947-2024

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Una tortuga soporta el pilar del cielo.

J. CHEVALIER Y A. GHEERBRANT,

Diccionario de los símbolos

NOTA DE VOZ 56_ESTRELLA

03:33

Estoy metida en una cueva, como la que tanto me gustaba cuando era pequeña, ¿te acuerdas? Nos escondíamos juntas, al despertarnos, por la mañana temprano, siempre que me quedaba contigo, cuando la luz empezaba a entrar por las rendijas que te empeñabas en dejar en la persiana. La cueva es el hueco oscuro que forman la sábana y tu manta. Me he quedado con tu manta. Huele bien. Como hueles tú. Me gusta tu olor. Me recuerda a ti. A tu cuerpo y a tu jabón. Siempre odiaste las colonias. Y los ascensores, donde se acumulan los olores de otras personas, eso decías. En realidad, fuera de nuestra cueva, nunca te gustó estar encerrada en ninguna parte. Hablo bajito, espero que me oigas bien, es por no despertar a mamá. Aunque sería difícil. Como todas las noches desde que no estás, se ha sentado en el sofá, ha puesto la tele y ha suspirado mirando al infinito en lugar de a la pantalla. No ha querido cenar ni meterse en la cama. Sólo, al ver que me iba a mi cuarto, me ha pedido un vaso de agua para tomarse su pastilla, ya sabes, la que usa por el insomnio desde la pandemia. Le he dado la que quedaba en la nevera porque ya habían cortado la del grifo. Sigue en el sofá. Se ha dormido sentada, tiesa, lista para levantarse de un salto cuando le suene la alarma del móvil. Ya no se oye la tele. La he apagado yo. Antes, si alguna vez se quedaba encendida, la apagabas tú. Jo, qué mierda, me estoy enrollando de mala manera y nunca llego a lo que quiero contarte. O me centro de una vez o no voy a ningún sitio. Verás, me he refugiado aquí, en esta cueva

nuestra, para contarte una noticia que te va a hacer saltar de alegría. Han encontrado en un asteroide una de las letras del ARN. ¿Y adivinas cuál? El uracilo. ¡Mi favorita! Si aún estuvieras aquí habríamos cerrado juntas los ojos e imaginado una lluvia de meteoritos portadores de moléculas de vida cayendo sobre la Tierra. De eso hace millones de años. Me refiero a la lluvia de meteoritos. Desde que tú te fuiste ha pasado poquísimo tiempo. Pero se me está haciendo larguísimo. La verdad es que sin ti no tengo ganas de imaginar nada. Aunque me gusta pensar qué dirás al enterarte de este notición. Puedo oírte soltándome lo simple que es la vida y el milagro que es al mismo tiempo. Lo fortuito de su aparición y lo tristemente previsible y humana que va a ser su extinción. Bueno, sé que después te disculparás, no quieres ponerme triste con pensamientos pesimistas en un día como hoy, me dirás, en el que tenemos tanto que celebrar, que hayan encontrado uracilo en un meteorito es lo más hermoso del mundo, ¿no te parece? Pues sí. Sí que lo es. Yo tampoco quiero ponerte triste diciéndote cuánto me acuerdo de ti y lo que te echo de menos. Todo el rato pasan cosas, te las voy a contar, te busco por la casa, y no estás. Está tu ropa en el armario y tus zapatillas junto a la cama y tus libros, que mamá dice que ahora son míos, sobre la mesilla y el paraguas negro, con la varilla rota, colgado del radiador. Hasta me parece oír tus pasos, pero no eres tú, sino mi cerebro que me juega malas pasadas. Tú me lo negarías, claro, dirías que mi cerebro sólo busca mi bienestar. Pero a veces me descubro dándome golpecitos con el puño en la cabeza y diciéndole, no hagas eso. Ya lo dejo. Te lo juro, de verdad que no quiero ponerte triste. No me olvido de nuestro pacto, eh, no ponernos tristes la una a la otra, lo tengo grabado. No alimentar la tristeza de la otra, dices tú. Adenina, citosina, guanina y uracilo, las letras de

la vida. ¡Cuántas veces me las repetiste de pequeña, cada vez más rápido, como un trabalenguas, para entretenerme! ¿Te acuerdas? Me partía de la risa cuando te tropezabas en una de ellas. Bueno, te dejo, es muy tarde y mañana tengo que ir al instituto. ¡Qué perezón! Adenina, citosina, guanina y uracilo, esta noche las repetiré yo, sin trabarme, hasta que me quede dormida. Últimamente duermo poco. Buenas noches, Estrella. Te quiero.

NOTA DE VOZ 30_ACUERDO ESTRELLA Y YO

1:14

¿¡Vas a grabarlo!?

¡Claro! Así, si una no cumple, la otra sólo tiene que reen-
viárselo. Te lo mando por WhatsApp.

¿Y no es más fácil escribirlo en un papel y firmarlo ambas?
Podemos fotocopiarlo.

¡Ja, ja, ja, mira que eres *boomer*!

Vale, tú ganas. ¿Empezamos ya?

¡Huy! ¡Llevo un rato grabando y ni te has enterado!

A ver, Estrella, y yo, Sofía, estamos sentadas en el sofá, de-
lante de la ventana. Al otro lado, sobre la rama del árbol, hay
un montón de cotorras en fila, apretadísimas, como una gran
mancha verde, chillándonos. ¡Hola, cotorras! Nos miran
con sus ojillos oscuros y un poco maliciosos, igual que siem-
pre. ¡Son unas pesadas! Cerramos la ventana para no oír las.
¿Te acuerdas de los gorriones? Mi madre solía sacudir el
mantel en el alféizar. Sobre todo en invierno, se llenaba de
gorriones que venían a por las miguitas de pan. Te lo he
contado muchas veces.

Sí, pero no cambies de tema. ¡Chiss! Vuelvo a empezar:

Estrella y yo estamos sentadas en el sofá delante de la ven-
tana y acabamos de llegar a un acuerdo. Este audio sirve
para corroborarlo. Se dice así, ¿verdad?

¡No podías haberlo dicho mejor!

Y nuestro acuerdo es procurar no ponernos tristes la una
a la otra.

No alimentar la tristeza de la otra.

Eso. Y lo cerramos con un apretón de manos.
¡Y un abrazo!

NOTA DE VOZ 58_INSTITUTO

00:48

Estoy sola, sentada en el suelo, entre la cancha de baloncesto y el campo de fútbol. Hasta hace un minuto, no estaba ni tan mal. Había trazado un círculo a mi alrededor. No era un círculo de verdad, claro, sino en plan imaginario, pero a mí me vale igual. Con los ojos cerrados, siento que nadie lo puede traspasar. Y ¡zas! balonazo en el pecho. Me he quedado sin respiración. He abierto los ojos y tenía delante a Alberto con su sonrisita de *flipao*. Ha cogido el balón y ha salido corriendo. Entonces la he visto mirándome desde el campo de fútbol. Sé que ha sido ella quien me ha lanzado el balón. Estrella la llama Mispíquel, porque expulsa vapores tóxicos. Estrella le pone mote a todo el mundo. Pues Mispíquel sigue ahí parada, sin dejar de mirarme. Yo también la miro mientras grabo. Sabe que estoy hablando de ella y eso la pone furiosa. Ya está. Ya viene hacia aquí. Voy a hacerle una foto. O un vídeo, mejor. Que se joda.

NOTA DE VOZ 59_MAMÁ

00:22

¿Sofía, has visto mi móvil? Necesito saber mi horario de esta semana y no lo encuentro por ninguna parte.

¿Me estás grabando?

¡Apaga eso ahora mismo!

¡Apágalo! ¿Me oyes?

Sofía, estoy cansada. Hoy he atendido noventa y dos urgencias. ¡Noventa y dos! Más a un montón de personas sin tarjeta. ¿Entiendes lo que es eso?

¡Y ya me pueden decir lo que quieran! No voy dejar a nadie en la calle.

Apágalo, anda.

NOTA DE VOZ 60_YO

03:12

Este audio es sólo para mí. No quiero que tú lo oigas. Porque voy a hablar de mamá. Y mamá es tu hija y la adoras. Yo también la adoro, pero a veces me harta. También a ti te harta a veces, aunque nunca lo digas. Incluso me regañabas cuando me quejaba. Tampoco quiero que te enteres de que te echa de menos, te pondrías triste. Lo sé porque nunca te nombra. Ni yo. El otro día fui a decir, ¿te acuerdas de cuando Estrella no te dejaba matar a las arañas porque se comían los mosquitos? Pero no lo hice. Aunque seguro que mamá se acordaba, porque se bajó de la silla, volvió a ponerse la zapatilla y no aplastó a la araña que había en el techo. Anoche la vi asomada a la ventana mirando con insistencia al cielo y quise explicarle que las estrellas están ahí, que el motivo de que no las vea es la contaminación lumínica, que es algo malísimo, porque altera los ritmos biológicos de las plantas, los animales y las personas y que quizás esa luminosidad que le impide ver el cielo oscuro por completo como antes hace que se sienta fatal, pero me mordí la lengua, porque lo primero me lo contaste tú, y se iba a dar cuenta, y lo segundo no sé si es verdad o me lo inventé sólo para consolarla, y no te tengo a ti para consultártelo. Siempre te lo he preguntado todo. Hasta las dudas del colegio. Me hacía gracia cuando no sabías algo y lo buscabas con el móvil. Mira que te ponías plasta. No parabas hasta que lo encontrabas. Para entonces, yo pasaba de la pregunta y estaba en TikTok. A veces, incluso me iba a mi cuarto y ni te dabas cuenta. Seguías a lo tuyo. Y es que rendirte, no te rindes jamás.

Me pregunto si dejarnos fue una rendición.

No te pega nada.

No me gusta pensar en esto.

La única vez que mamá y yo hemos hablado de ti desde que no estás fue cuando me dijo que me quedase tus libros. Ya sabes que no los he tocado, siguen en tu mesilla. Pues me dijo, seguro que Estrella quería que los tuvieras tú. Y me acordé de que es por mamá por lo que yo también te llamo así, Estrella. ¿Recuerdas tu último cumple? Mamá trajo una botella de champán para celebrarlo. Estaba contenta. Siempre que tiene vacaciones está contenta. Contó que, cuando era pequeña, le encantaba llamarte por tu nombre en lugar de mamá. Le parecía que tenías un nombre increíble, María Estrella de los Reyes Magos. Y que a veces te buscaba la cola de brillantina debajo del abrigo, y cuando te ponías un sombrero, hay montones de fotos mías con tus sombreros, de pequeñita me los prestabas para disfrazarme, pues cuando te ponías un sombrero, que era casi todos los días, porque nada te gusta más que los sombreros, mamá solía imaginar que debajo se escondían las puntas brillantes de la estrella. Nos reímos mucho las tres. Contó que incluso un año escribió a los Reyes Magos que su único deseo era ser una estrella como su mamá, y tú dijiste que era la niña más cursi del mundo. Y que una vez te preguntó por qué tú, que tenías un nombre tan chulo, le habías puesto a ella uno tan soso, Blanca. Le explicaste, esto es muy tuyo, que la luz blanca es la suma de todos los colores. Y al día siguiente mamá volvió del colegio superdisgustada, enfadadísima contigo porque le habías mentado, en clase de dibujo, al mezclar todos los colores,

salía negro. Tuviste que pedirle perdón y aclararle que una cosa es la luz y otra los pigmentos. Mamá se rio muchísimo al contarlo, y dijo que lo único que le había quedado claro de todo aquello era que dos cosas pueden ser ciertas al mismo tiempo. Y que eso le había sido muy útil en su carrera como médica.

¿Por qué mamá ya no se ríe nunca?
Pero esto no quiero que lo sepas.

Tampoco es cierto que esté harta de mamá.

Lo que sí es verdad es que tus dos niñas, ¿nos sigues llamando así?, te echamos mucho de menos.

NOTA DE VOZ 61_YO

00:06

¿Sabes? Esto no te lo diré nunca. Y a mamá tampoco. Pero os oí aquella noche.

INSTAGRAM
TORTUGAS
Mensajes/Solicitudes

LUNA QUIERE ENVIARTE UN MENSAJE.

L. Hola
Flipo con tus publicaciones
Me encanta la d los sonidos
q hacen las plantas cuando
están estresadas
Está chula!

Gracias
No son sólo mías
También de Estrella

L. Tienes una amiga q
se llama Estrella? **Emoji**
manos formando un corazón

Es mi abuela
Escribe los textos
Yo me ocupo de las fotos
y los reels
A Luna
le ha gustado un mensaje

L. Me gustan las dos cosas
Mola mazo tener una abue-
la así

Gracias

L. Hace mucho q no subís
nada

Foto de un libro
de texto sobre una mesa
Ahora no puedo hablar
Adiós Luna

L. Cómo te llamas?

Sofía

L. Adiós Sofía

NOTA DE VOZ 64_ESTRELLA

04:00

Hace un rato he entrado en tu habitación. Estoy sola en casa y no me gusta. No es que tenga miedo. Miedo no tengo. Pero no me gusta. Antes siempre estabas tú. He abierto la puerta despacito. He asomado primero la cabeza. Luego he metido la mano y he encendido la luz porque ya era de noche. Cuando menos me gusta estar sola en casa es por las noches. Pero hoy mamá tiene turno en el hospital. Luego he entrado. Todo está igual, ya te lo he dicho. Mamá no ha tocado nada. Y yo tampoco. Los libros siguen en la mesilla, en un montón. Son los únicos que te quedaste de todos los que tenías en tu casa. ¿Te acuerdas la de horas que pasaba de cría mirando los lomos? Eran todos diferentes, altos, bajos, gruesos, finos, de distintos colores y tipos de letra. Había novelas, filosofía, psicología, ciencia, historia, poesía. Siempre me animabas a que no sólo los mirase, sino que los leyera. Pero yo, lo sabes, nunca he sido muy de leer. Prefiero los vídeos, los *reels* y los podcast, o que tú me cuentes cosas o me las leas. Desde pequeña he aprendido más gracias a ti que al colegio. Me leías en voz alta, seguro que lo hacías desde que estaba en la cuna, pero no me acuerdo, y ahora no puedo preguntártelo. Enseguida dejaste los cuentos, de eso sí me acuerdo, y te pasaste a la filo, la bio y las novelas de aventuras, además de la poesía. Yo no entendía mucho, pero disfrutaba oyéndote, tu voz era como música, la entonación, el ritmo, igual que cuando escucho jazz. El jazz también me lo descubriste tú. Cuando me leías y no entendía nada, me consolabas diciéndo-

me que daba lo mismo, que se quedaría en algún lugar de mi cerebro y estaría ahí, esperándome. No tengo ni idea de si ha sido así, pero algunos libros los leímos tantas veces que me sé párrafos enteros de memoria. Pues me he acercado a la mesilla y he mirado el montón. He contado doce. Arriba del todo estaba *El viaje del Beagle*. Luego te mando una foto de la tapa. Lo leímos muchas veces. Nos encantaba a las dos. Es la mejor historia de aventuras del mundo, aunque no sea una novela, sino un viaje de verdad. Recuerdo perfectamente las ilustraciones y cómo me gustaban las descripciones de Darwin de los paisajes y los animales que encontraba durante sus expediciones. Al ir a abrirlo, ha caído una hoja cuadriculada. Eran dos poemas, escritos con tu letra. Nunca me has dicho que escribes poesía. Los he leído y he entendido que era por cumplir nuestro pacto, porque, no voy a negártelo, me han puesto más que triste, trístísima. Tal vez no debería haberlos leído. Aunque, según mamá, querías que yo me quedara los libros. Pero igual te habías olvidado de que los poemas estaban en uno de ellos. Voy a leerte el que se titula A MI MADRE, escrito con mayúsculas. El más triste lo dejo para otro día. Yo sólo he visto a tu madre en fotos. Sé que era enfermera, en una de las fotos lleva uniforme. En otra, está contigo y no os parecéis en nada. Pero seguro que tú lo sabes mejor que yo porque la conociste. Te leo, no creo que pueda hacerlo tan bien como tú, lo siento:

Hoy he visto
Tu rostro en el mío

Como viera
Antaño
El de mi abuela
En el tuyo

Hoy he visto
En mi rostro
La eternidad

Después de leerlo por primera vez, en tu cuarto, fui al baño y me miré en el espejo. Me acerqué mucho para verme mejor. No encontré tu cara en la mía. Por si acaso, me hice mazo de *selfies* y luego estuve mirándolos durante un buen rato. Y no estabas tú. Sólo yo. Con mis asquerosos granos y ese pelo, que no es ni liso ni rizado, y tiene un color parecido al de las alas de los murciélagos. Me agarré una depresión épica y les puse un filtro. Al final, me cansé y los borré todos. Tampoco he visto a mamá en mi cara. Ni creo que pueda ver en la cara de mamá la tuya. Ella tiene los ojos verdes y tú castaños. Los suyos son más grandes y redondos y tu nariz es más gordita, la de mamá es larga y estrecha. A lo mejor las bocas. Puede ser que las bocas se parezcan. Pero la sonrisa no es la misma. No os encuentro muy parecidas. Yo tampoco me parezco a ninguna de vosotras dos. Quizá cambie cuando me haga mayor. Quizá pueda verte en mi cara cuando sea muy mayor, como tú a tu madre. ¿O veré la de mamá? Tal vez vea tu cara en la de mamá cuando mamá sea mayor. Pensarlo me pone triste. Ahora estoy tumbada en la cama y en mi mesilla está el libro de Darwin. No creo que sea capaz de leerlo sola. Ni siquiera sé si tendré ganas de mirar las ilustraciones. Igual lo dejo ahí, sin abrirlo. Igual escucho jazz. O igual no hago nada más que estar en TikTok. No puedo tocar el saxo en casa, ya sabes que los vecinos protestan, pero aunque pudiera no lo haría. No me apetece. Tampoco voy ya a clase de música. No tengo ganas. ¡Ay! Creo que he roto nuestro pacto. Perdóname. Mañana te contaré algo alegre. Para compensarte. Te quiero. Mucho, mucho, mucho.

Te prometo que no voy a estar triste. Prométemelo tú también.